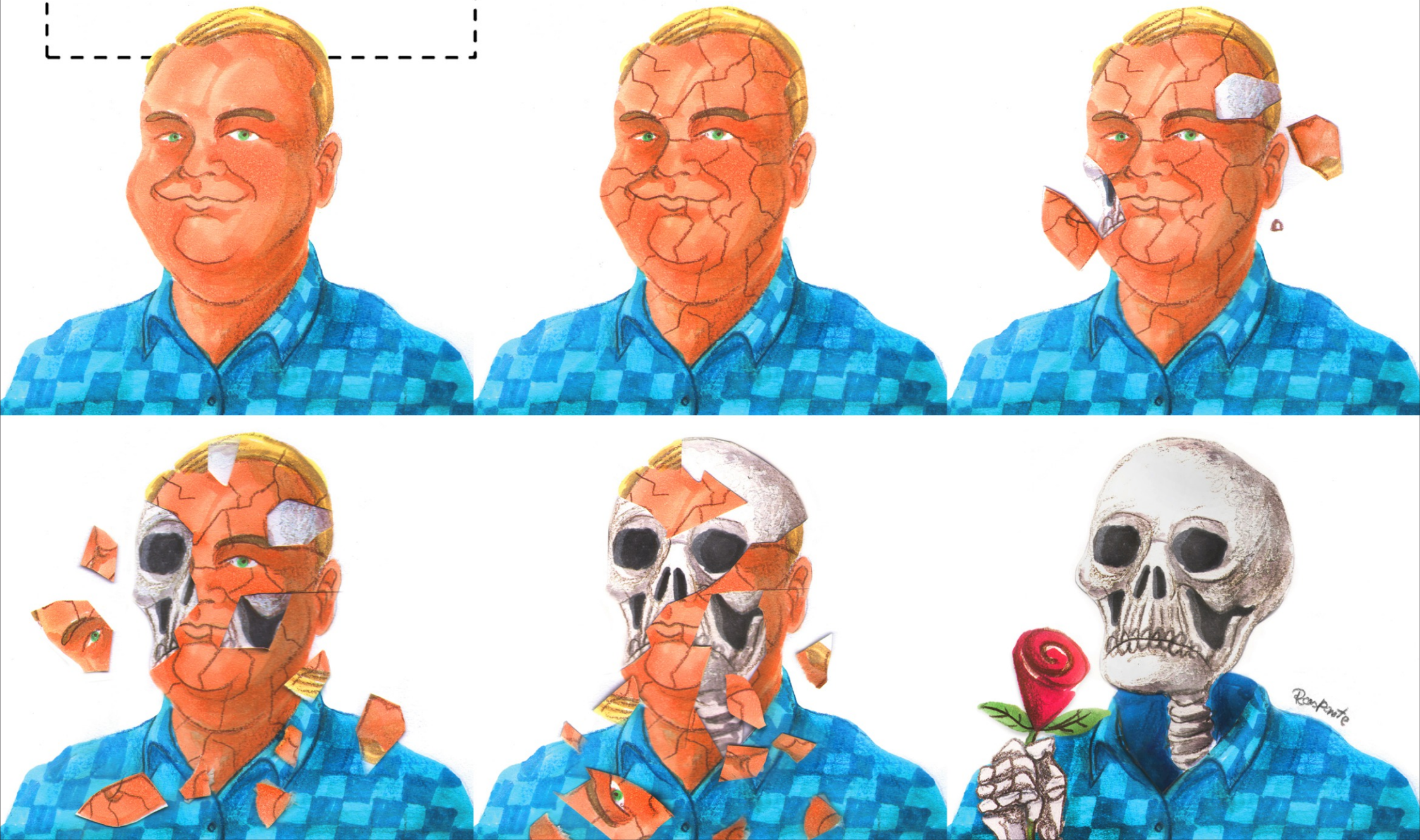
LAFARIUM



LAFARIUM

MALDITO

LAFARIUM/JUL26/01

MALDITOS A MEDIA VOZ
Elilet Giudiche

Una estrella de enorme densidad los arrastra,

la campana suena convocando a los malditos,

la adoración por ellos predomina.

Ya no son cuerpos,

sino cosas flotantes.

El halo de mística camina sobre su piel

mientras sus ojos carnales

bailan con El Desquicio.

La hora se aproxima.

El rito sigue,

porque ellos esperan el amanecer

para contemplarse y sudar muerte.

Marcela Nigro

INTERFERENCIA EN EL BOSQUE

Pablo Katzin (Fritz Sol)

A quien está dirigido, el ruido, ya lo sabe.

Yo sí la vi. Al margen de la realidad, casi como en una anotación al margen en el libro de la creación, igual a un garabato ilegible, que es la ropa preferida del secreto.

Así la intuí, entre postrada y dubitativa, mirando hacia el infinito. Perdida en un mar de soledades contradictorias donde difusas hipérbolas le regalaban.

Partículas de aire que impregnaban su no ser y la traspasaban acuchillándola y dañándola en su fuero más íntimo, pues no podía sangrar.

Ella alteró el estricto orden de su propio Yo, originalmente disperso y dependiente del sinfín de puntos blancos y negros, hormiguitas o estrellas que estallan y nacen al mismo tiempo, que es la señal de ajuste de la señal de ajuste, lo que hay antes del Verbo y de la Nada.

Puro y minimalista Ruido Blanco.

Instancia anterior del Ohm que todo lo contendrá en su enervante y caótico orden.

Y ese fue su pecado, soberbia de creer y de crear, de dudar en ser cognoscible o cognoscente.

Dudar.

Condenada al olvido estaba la bella fantasma sentada en un bosque marrón viejo y olvidado, como si nadie quisiera ver su condición traslúcida.

Pobre bella fantasma inválida y petrificada en el Absoluto.

Reía o lloraba, mas no puedo intuir qué diablos me quiere comunicar la gélida expresión que ofrecía su parálisis total, pero su hermoso rostro no hacía más que hipnotizarme como el canto de una sirena flotando en la dual condición de estar y no estar.

No hay para ella ni agua ni aire, solo un espacio de transición entre dos Nadas. Nadar es imposible para la peculiar sirena, Nada es su destino, ni siquiera la nada, es estar y no estar, es ver sin mirar, es sugerir, es ser solo un velo, un castillo de aire invisible aunque intuida por unos pocos elegidos.

Doblemente paralítica, pues no tenía quien arrastrara su pesada y antigua silla de ruedas metálica y gastada por el tiempo.

Arrastrar aquellas pesadas ruedas en la agreste y traicionera topografía del bosque era imposible para ella sola, dulce fantasma, casi siempre invisible bajo las sombras de un viejo árbol que oscurecía sus delicadas formas.

Tenía miedo del árbol y del bosque, de su silla,

cárcel y guardiana a la vez.
Así pasaba sus días, mirando con lascivia al ocasional visitante, seduciéndolo.
Pero desgraciadamente para ella, nadie podía ver más que una misteriosa silla ajada y algo gastada, pero sólida y eterna. Una silla que miraba al infinito.
Y ella solo quería ser parte de la luz y no una vil manifestación parecida a una sombra.
Ella quería volver a "ser" una habitante más del ruido eterno.
Lamentaba ser un fantasma condenado al olvido por el pecado de crear, de moverse de la paz inicial.
De moverse.
De posibilitar ser a los demás.
Fantasma inmóvil de un Dios castigado por devenir en sí mismo.
Castigada por devenir y por corromperse.
Si vas al bosque solo verás una vieja y misteriosa silla de ruedas, perdida y sola en el tiempo y el espacio, mirando hacia el horizonte, suplicando que la arrastres para arrancarla así de su ostracismo, intuyendo tu presencia, tratando de advertirte, pero por sobre todas las cosas envidiando y maldiciendo tu capacidad de poder caminar.

Elilet Giudiche

DIANA EXHIBIDA

Julieta Manterola

Alguien la observa mientras se baña en el río con sus ninfas.

Alguien pinta la escena.

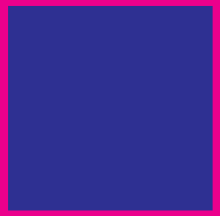
Alguien mira el cuadro.

Hay muchas formas de espiar.

Solo la primera recibió un castigo.

UN SUEÑO MALDITO

Agustín Scetti



Elilet Giudiche

MALEFICIO EUNUCO

Matías Bragagnolo

A las historias de vida y de muerte que dejó el sangriento episodio del día de San Valentín en el hospital Samay de Chhapra, India, se suma la de Atul, malogrado niño prodigio de la pornografía ilegal de este mundo conectado por la Dark Web.

Atul creía haberlo vivido todo hasta entonces. Todo lo malo, al menos. Pero todavía le faltaba despertar en la más completa oscuridad y caer en la cuenta de que lo que lo había traído de nuevo a la conciencia eran crecientes arañazos de dolor con epicentro en su entrepierna. Primero creyó que estaba ciego. Después quiso gritar, y algo en su boca, garganta y pecho se lo impedía. No lograba moverse, estaba atado formando una cruz de San Andrés, acostado, con las piernas sujetas a unos estribos ginecológicos. A lo lejos, mientras los últimos recuerdos anteriores a la anestesia empezaban a volver, se escuchaban gritos y llantos, gente corriendo.

La maldición de la *naayak*

La desgracia de Atul comenzó hace catorce años, durante la fiesta que sus padres ofrecieron a sus familiares y amigos en un predio abierto de la ciudad de Muzaffarpur, en el estado indio de Bihar. ¿El motivo de tan grande festejo? El nacimiento del primogénito, el mismísimo Atul. Pero la alegría no duraría demasiado.

Antes de que las sombras de la noche terminaran de caer, y siguiendo una costumbre que proviene de los tiempos coloniales, una banda de *hijras* irrumpió a la fuerza en el predio.

Con el término *hijra* (impotente) se define en el idioma indostaní a los miembros de las comunidades de eunucos de la India. Considerados una subcasta, pese a ser oficialmente reconocidos por la ley como un tercer sexo —los pasaportes locales contienen el casillero "E" además de los tradicionales "M" y "F"—, los *hijras* viven en condiciones de

pobreza extrema, relegados en villas de uso exclusivo. En honor a la verdad, los eunucos propiamente dichos constituyen una población menor dentro de estas comunidades denominadas *gharanas*. Revisten esta condición aquellos que de niños fueron vendidos por sus padres indigentes por una cierta cantidad de rupias y fueron así sometidos al *nirvaan*, rito *hijra* en el que les son extirpados sin anestesia el pene, los testículos y el escroto. El resto de la *gharana* está compuesta por travestis, transexuales (en su mayoría emasculados de adultos, siguiendo el mencionado ritual de iniciación) y hermafroditas o malformados genitales, ocupando esta última categoría la cúspide de la jerarquía dentro de la subcasta.

Cuando un grupo de *hijras* invade una celebración privada lo hace bailando, ejecutando una cierta rudimentaria percusión y efectuando una serie de cánticos que, gracias a la falta de afinación de las voces y a la disonancia, provoca terror en los concurrentes. El objetivo, además de atemorizar, es volver insoportable la propia presencia. Y la única manera que los comensales y los dueños de la fiesta tienen de hacer que se retiren es dándoles la limosna que exigen.

En la fiesta por el nacimiento de Atul las cosas se salieron de control. Nadie se decidía a sacar la billetera y todos olvidaron al recién nacido, que dormía en una cuna en un costado. Enfurecida porque el padrino del niño había empujado a una de las travestis —si bien el requisito para ser *hijra* es ser hombre, ellos solo utilizan apelativos femeninos—, la *naayak* (autoridad religiosa de cada *gharana*) tomó en brazos a Atul y con un grupo de acólitas procedió a llevar a cabo un improvisado *badhai*, ritual en el que las *hijras* bailan y le conceden bendiciones a un bebé. Claro que, gracias a que el sincretismo de la religión *hijra* dota de ductilidad a las maniobras mágicas, la finalidad del *badhai* no fue esta vez benévola.

Para cuando los convidados a la fiesta y sus anfitriones lograron echar a patadas a las *hijras*, el daño ya estaba hecho. La consecuencia de no darles limosna. El tan temido hechizo de una *hijra* había sido arrojado sobre el pequeño Atul. ¿En qué consistía? Atul no puede recordarlo. Pero tampoco tuvo oportunidad de preguntárselo a sus padres.

El niño actor

Se supone —solo disponemos de los datos que Atul recogió de sus secuestradores— que durante los primeros tres o cuatro años de vida del bebé maldito ocurrieron suficientes desgracias en su familia como para que, entre esas, tuviera lugar la muerte de sus padres. Y gracias a que nadie quiso hacerse cargo del niño, alguien hizo un buen negocio vendiéndolo a una organización mafiosa que incluso al día de hoy continúa produciendo pornografía infantil.

Recluido en una choza que usaban a modo de estudio de filmación y hogar, Atul pasó la siguiente década protagonizando una serie de

películas que terminaron por ubicarlo entre uno de los más notorios símbolos sexuales de las redes mundiales de pedófilos. Su nombre, incluso al día de hoy, no tarda en aparecer en cualquier charla que se sostenga en la comunidad paidófila de la Dark Web, cuyos miembros no dejan de evocar títulos como *A la luz de las velas*, *Visita al doctor* o *Mi primer amor*.

De hecho, el nombre con el que lo hemos conocido, esto es, Atul, no es su nombre legal de nacimiento, sino su nombre artístico.

Un harem de *hijras*

La popularidad de Atul lo llevó a convertirse, a su pesar (incluso dentro del contexto en el que había crecido), en la última obsesión de Fazlur Kaskar, un proxeneta de Chhapra, localidad cercana a Muzaffarpur. Kaskar, dueño del harem de eunucos más grande del continente (se estima que el número de sus esclavos sexuales supera la centena), no dudó en poner a disposición de la mafiosa productora una exorbitante cantidad de rupias, lo suficiente como para comprar al actor, que por cierto, a causa de su avanzada pubertad, ya tenía poca carrera por delante en el género.

Y si bien el destino de Atul estaba ahora en el harem de Kaskar, no por eso iba a terminar ejerciendo la *raarha* (prostitución homosexual en farsi, el dialecto de los eunucos). El afamado proxeneta realmente se había enamorado del muchacho, y en vez de utilizarlo como una fuente de ingresos más decidió casarse con él. Pero antes, por supuesto, el adolescente debía convertirse en un eunuco, y no un eunuco cualquiera. Kaskar quería que estuviera dotado de una vagina, y para eso se encargó de reservar un quirófano en un hospital local. Incluso eligió la fecha para que la vaginoplastía se llevara a cabo: Atul sería operado en el día de los enamorados, el 14 de febrero de este año.

Despertar en otro infierno

Pero la maldición volvió a golpear en la vida de Atul, si es que alguna vez había dejado de hacerlo. Zubeena Rai, una modelo internacional encarcelada por tráfico de droga, se encontraba siendo atendida en el mismo hospital a causa de una neumonía. Su novio, el narcotraficante Dawood Sheikh, número cuatro en la lista de los diez fugitivos más buscados en el mundo por el FBI, decidió, como regalo de San Valentín, rescatarla de las garras de la ley.

Así fue que mientras los cirujanos del hospital Samay llevaban a cabo la genitoplastia feminizante de Atul, un grupo comando cortó la luz de todo el edificio y entró por la fuerza acribillando a quien quisiera ponerse en el camino.

La operación del narco fue todo un éxito, pero el corte de electricidad dejó, de por sí, un tendal de muertos, incluyendo aquellos que dependían de asistencia mecánica para

respirar, un niño en plena apendicectomía y un anciano al sometían a una cirugía cardíaca.

En el caso de Atul, quizás un error por parte de su anestesista le salvó la vida, ya que despertó antes de asfixiarse. Intubado, con los miembros atados como es de uso en las operaciones con anestesia general, con la entrepierna convertida literalmente en una flor de piel y el dolor avanzando a medida que los efectos de la anestesia terminaban de disiparse, experimentó el horror en estado puro durante los minutos que pasaron antes de que alguno de los profesionales del cuerpo médico que lo había estado interviniendo quirúrgicamente se decidiera a regresar al quirófano, de donde habían huido buscando refugio cuando escucharon los primeros disparos.

Lejos estaban sus genitales de ser la *chapti* (neovagina en dialecto farsi) que Fazlur Kaskar deseaba. Los médicos habían abandonado la tarea cuando ya habían llevado a cabo la orquiectomía bilateral (extirpación de ambos testículos) y la disección de la base del pene con ablación del tejido eréctil. Y eso era todo. Habían apenas cumplido con los pasos previos a fabricar, con parte del glande, un clítoris; con el prepucio, los labios menores; con el escroto, los labios mayores; y mediante la inversión de la piel del pene, el recubrimiento de las paredes laterales del canal vaginal. Pero proseguir con la cirugía, concluyeron, no era de momento posible.

Apenas liberado de su posición ginecológica, Atul aprovechó la confusión para escapar del hospital. De esa manera, también estaba escapando de su actual captor.

Con heridas en su mayoría electrocauterizadas y, gracias a ello, poco riesgo de sufrir un desmayo por hipovolemia, corrió desnudo por las calles, algo que en un continente como la India no suele generar mayor interés entre la abultada y amontonada población, pero que, en su caso, con colgajos sanguinolentos bamboleándose entre las piernas, debe haber significado un espectáculo digno de ver.

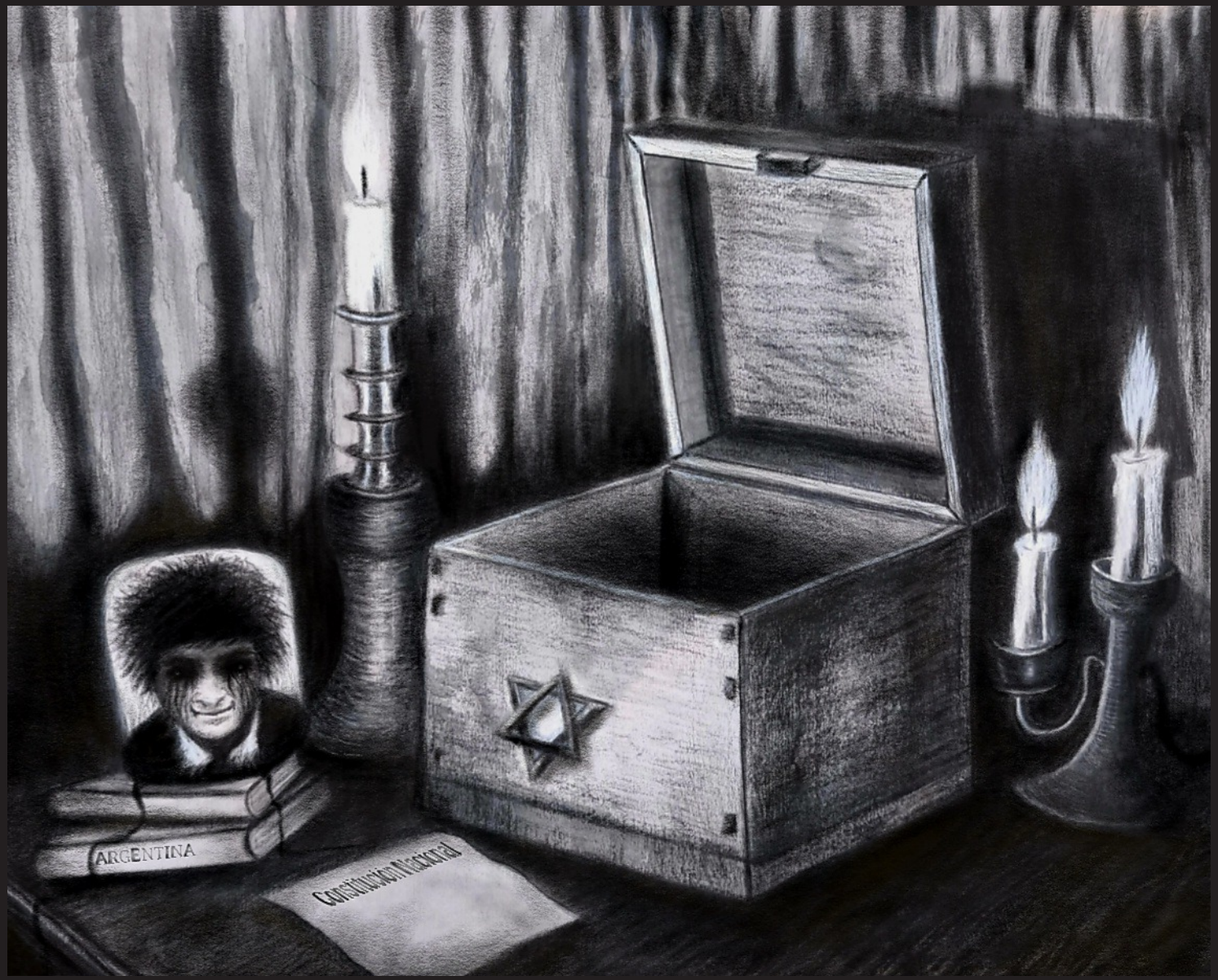
Venganza proxeneta

El paradero actual de Atul es desconocido tanto por esta redacción como por el propio y enfurecido Fazlur Kaskar. Quien se ha comunicado con nosotros para contar la historia del desventurado muchacho es un intermediario anónimo, y solo por correo electrónico. El mismo se refiere frecuentemente a Atul como un *lingo protibondhi*, esto es, discapacitado genital en bengalí. Afirma que el joven todavía lleva puesta la sonda uretral que tenía insertada al abandonar el hospital, y que ya experimenta el síndrome del miembro fantasma, con dolorosas erecciones inexistentes.

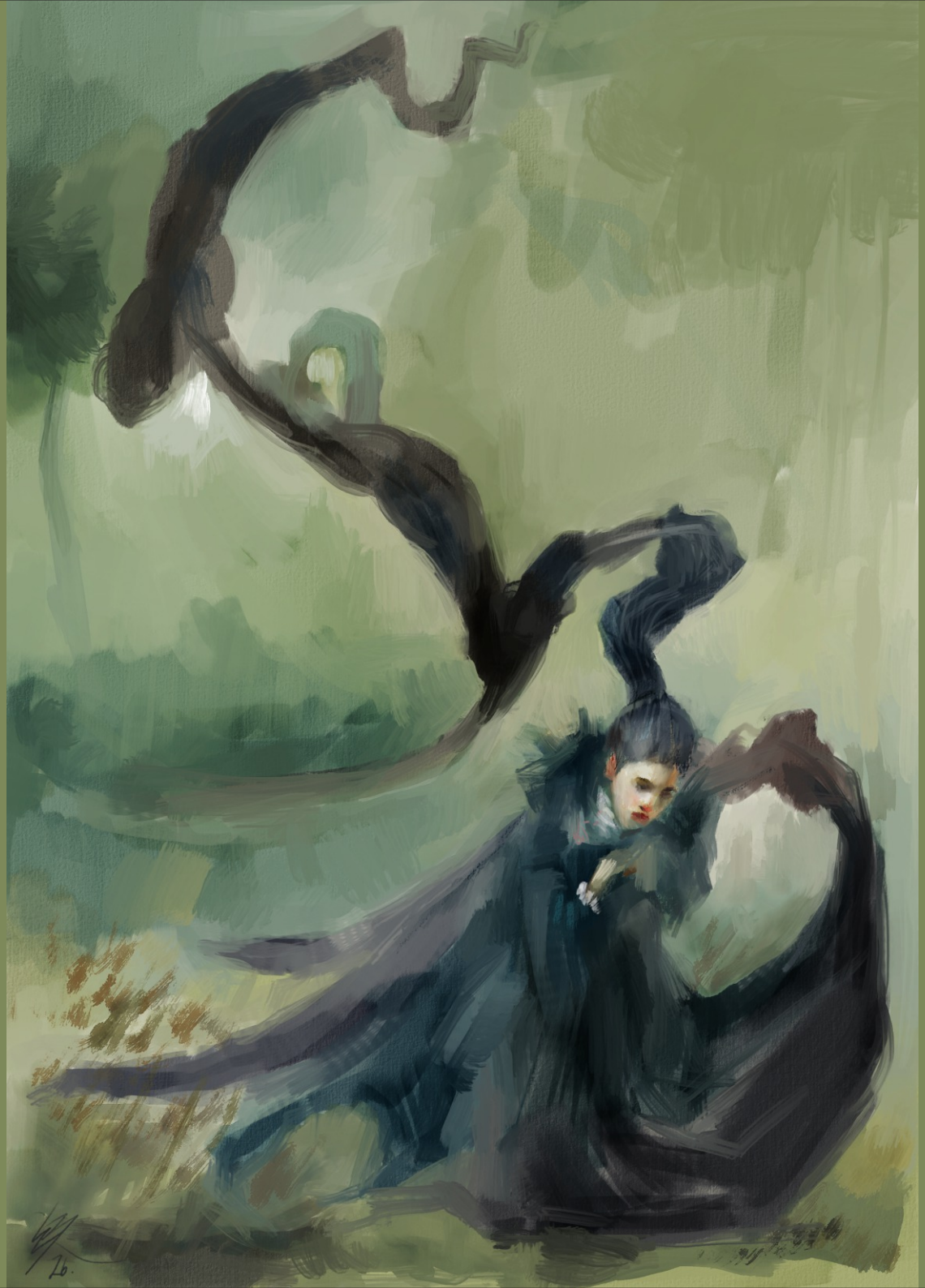
Al cierre de edición, un cable de la agencia de noticias Reuters informa la aparición con vida de Moeen, Aamir y Salman, los tres hijos varones del primer matrimonio del ya

mencionado Dawood Sheikh, quienes habían sido secuestrados el día jueves por la tarde al salir de la escuela secundaria a la que concurrían en la ciudad de Patna. Los adolescentes no habían logrado abordar el vehículo con custodia privada que los esperaba afuera, y habían sido buscados por el narcotraficante y su séquito sin dar aviso a la policía.

Los hijos de Sheikh fueron encontrados adentro de un automóvil estacionado sobre el margen sur del río Ganges, en las afueras de la ciudad, luego de que un llamado anónimo indicara su ubicación. Según una fuente cercana al capo narco informó a la prensa local, los tres jóvenes se encontraban sedados y mutilados, después de haber sufrido lo que se supone que fueron sendas vaginoplastías.



Lorena Pinasco



Emiliano Bellini

CAMPERA DE CUERO
Gladys Cepeda

Puso el desprecio sobre la piel, como una coraza. Levantó los ojos; el cielo le pareció casi milagroso. Un himno marcial que sonaba en la calle reavivó su perversidad.

Entre gestos, miles de rostros expresaban sus signos de arrepentimiento; el temor les hizo despertar a la bestia que ahora incitaba a dar la vida por sus zapatos. Los cubría una luz que los transformaba en excusas.

Algo latía en sus pensamientos. Tomó unas gotas de sudor que caían desde las axilas, salpicó el espejo sobre la pared y rebautizó su nombre: *Maledictus*.

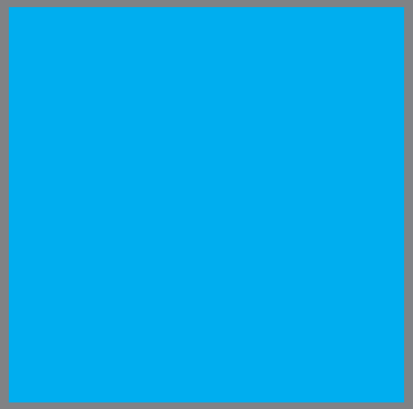
Sus hombros estaban cubiertos de gritos, heridas y huesos rotos de tonos variados. Atravesó los puntos cardinales; llegó al balcón.

Entre oraciones y cánticos, alzó su brazo en forma oblicua. Unas topadoras, con sus afiladas hojas de empuje, impulsaron hacia el río a todos los presentes hasta que se hundieron. Solo quedó un signo, escrito en el lodo de la ribera.

La soledad era el único testigo. Él tomó una lapicera y escribió: *"Es hermoso ver la finitud encarnada en los hombres y saber que, en el fondo de cada uno, solo hay agradecimientos por reconocer que soy quien le abrió la puerta"*.

Se retiró hacia el aposento. Esa noche dormiría feliz; las deidades que organizan sus acciones estaban satisfechas.

Fabián Arnaldi



ROTO

Escribió_Diego Arandojo
Ilustró_Alejandra Viviana Aranda

Solían dejarme en aquella *habitación*. Un espacio de dos metros por dos metros. Por eso, llamarla *habitación* sería un eufemismo: era un reducto que habitaba los lunes a la noche.

Papá lo exigía (nunca supe por qué) y mamá no lo cuestionaba; entonces me conducían de la mano, con cierta dulzura macabra, hasta la *habitación* y allí me arrojaban. Trababan la puerta con un pesado candado, para evitara que huyera. ¿Qué había dentro del lugar? Un colchón tirado en el suelo; sucio y con olor a meo. Una lámpara de aceite y cerillos para prenderla. Ah, y las horas. Las horas que no pasaban. Las horas como diminutos años.

En esas noches lunes soñaba con lo mismo: un perro que le faltaba una de las extremidades posteriores. Rengueaba y tenía voz humana, gastada. Su voz era similar a la mi abuelo materno, Loreanzo. "Comé", repetía. Pero no tenía nada para comer, a excepción de aquella pesada oscuridad, apenas lastimada por la frágil luz de la lámpara.

Cuando llegaba el amanecer, la puerta se abría. Mamá me retiraba como si yo fuera una bolsa de residuos. Algo que molestaba.

Papá, durante el desayuno, leía las noticias financieras en su teléfono. Mi madre me servía el plato con tres tostadas duras, del día anterior. Y un vaso de leche vencida, que me provocaba diarrea.

–Hoy, cuando estés en el aula, elegí a una compañera. La más fea. Levantate con determinación y besala –exigía mi papá, clavando sus ojos sombríos sobre mí.

–Pedile la mano. Engañala con un casamiento –agregaba mamá, lanzando una carcajada funesta.

Nunca les hice caso. Tampoco iba al colegio. Soborné a la directora con unos videos eróticos de ella con un alumno. Así me gané mi libertad. Y las calificaciones eran mediocres, pero a mis padres no les importaba mucho eso.

Entonces pasaba la tarde tirado cerca del lago, leyendo mis cómics de *Los Vengadores del Mal*,

dibujado por Frank Baum y escritos por Linda Carter. Así aprendí a narrar.

Hoy, adulto, escribo. Es mi forma de convertir a los fantasmas familiares en eso: telas viejas, llenas de polvo, en una gran casa abandonada en el campo. Un pasado inútil que ya no me daña.

Mis padres fueron enterrados por ahí, en algún lugar. Ni recuerdo dónde. Y la *habitación* me encargué personalmente de quemarla, con el resto de la vivienda.

Todavía recuerdo el olor dulzón del humo.

Manuel Rivas Pintos

POEMA IX
Rodrigo Fiotto

Como una noche

sin luz, sin pena

no es noche

esa pena que alumbra

como una farola

temblorosa en invierno

danzando en la no brisa

dulce del río

detenida

por la próspera vegetación

de cemento y vidrio

solemne

inmutable

una sociedad sepulcral

de días de otoño

Juan Pablo Diz

LA YETA
Gabriel Juárez

Paradójica e insalvable fue la maldición recibida.
Te volviste mufa, piedra, fúlmine, jetatore.

Una vez acusaste el brutal maleficio
al junar sufrir a los tuyos
quienes luego te evitaban
para alejar tu mala suerte.

Descubriste al ofensor y te mudaste al lado
de su casa protegida por mancias poderosas.
Al día siguiente se secaron sus rosas,
sus velas explotaron y giraron sus cruces.

De ahora en más a tus enemigos te acercás,
los buscás, los abrazás y la yeta les pasás.
Toda máquina mágica, toda arma de alquimia
se puede volver contra el vil agresor.
Esa es la maldición de la maldición.

GR Mateo

FEMME PSYCHO RED LABEL

Elilet Giudiche

Los esqueletos de mariposas secas en el balcón me generan nostalgia. Es lo único que todavía despierta en mí una cierta angustia. Pero tampoco exageremos: hace mucho que ninguna imagen, ninguna provocación logra emocionarme. A las personas las veo desde la ventana y son todos muñecos de cera, corren hacia ningún lado, fingen ocupaciones, deseos y miserias.

En fin, son todos de cera.

Las alas de algún insecto rápidamente olvidado generan en mí cierta emoción, pero de vuelta: stop. No quiero pasarme de cursi. Me odiaría si lo hiciera, y sé que ustedes también. Le esquivo a la compasión, al abrazo obligado, a todo lo que se parece al deber.

Mientras intento escribir algo, sacudirme este aburrimiento tedioso y marginal, me olvidé de contarles las novedades. Hace tres meses que ya no vivo más con él. Es que en una noche amnésica me lo comí. Algunas partes de su cuerpo todavía yacen en distintos rincones de la casa, me invitan siempre a tenerlo presente. Lo recuerdo retorcerse. Algunas noches me agarra una sed de gruñir y gritar, pero me aguanto. Todo lo hice en silencio, y así soy. Ya me conocen: de a poco, de a poco, y ¡Zaz!

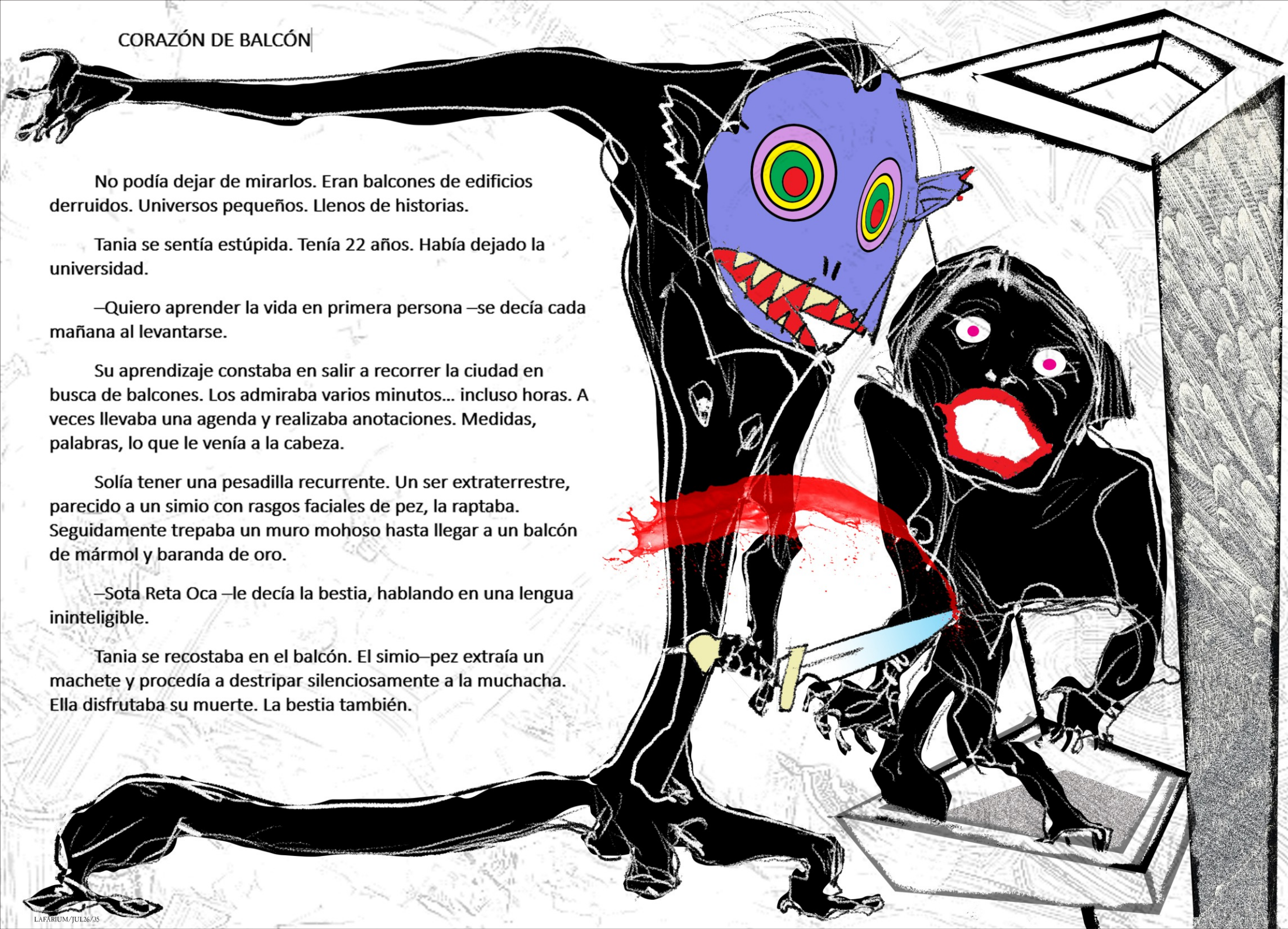
A veces me penetra su recuerdo y otras, su olor hediondo. Me revolotea en la cabeza toda la secuencia y nunca puse en duda mi capacidad extraordinaria de retorcer huesos, quebrar uñas, estrujar piel. Todo este frenesí hermoso sucede al unísono, natural y sin parpadeo, hasta que Leticia vuelve en sí y Ana abandona el cuerpo.

En fin. Me cuesta respirar.

Voy a tomar agua y vuelvo…

Emiliano Bellini

CORAZÓN DE BALCÓN



No podía dejar de mirarlos. Eran balcones de edificios derruidos. Universos pequeños. Llenos de historias.

Tania se sentía estúpida. Tenía 22 años. Había dejado la universidad.

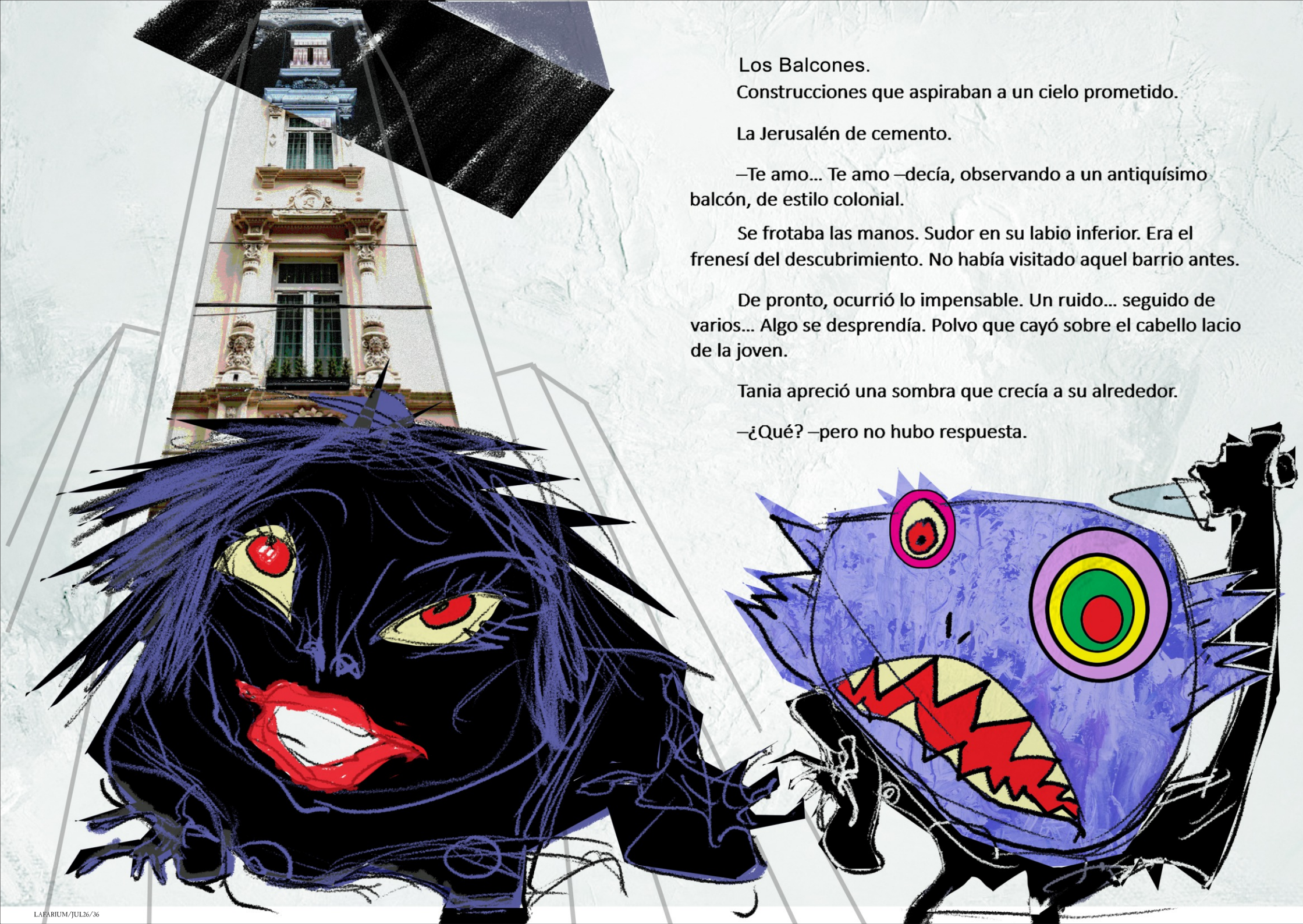
—Quiero aprender la vida en primera persona —se decía cada mañana al levantarse.

Su aprendizaje constaba en salir a recorrer la ciudad en busca de balcones. Los admiraba varios minutos... incluso horas. A veces llevaba una agenda y realizaba anotaciones. Medidas, palabras, lo que le venía a la cabeza.

Solía tener una pesadilla recurrente. Un ser extraterrestre, parecido a un simio con rasgos faciales de pez, la raptaba. Seguidamente trepaba un muro mohoso hasta llegar a un balcón de mármol y baranda de oro.

—Sota Reta Oca —le decía la bestia, hablando en una lengua ininteligible.

Tania se recostaba en el balcón. El simio—pez extraía un machete y procedía a destripar silenciosamente a la muchacha. Ella disfrutaba su muerte. La bestia también.



Los Balcones.

Construcciones que aspiraban a un cielo prometido.

La Jerusalén de cemento.

–Te amo... Te amo –decía, observando a un antiquísimo balcón, de estilo colonial.

Se frotaba las manos. Sudor en su labio inferior. Era el frenesí del descubrimiento. No había visitado aquel barrio antes.

De pronto, ocurrió lo impensable. Un ruido... seguido de varios... Algo se desprendía. Polvo que cayó sobre el cabello lacio de la joven.

Tania apreció una sombra que crecía a su alrededor.

–¿Qué? –pero no hubo respuesta.

Aquel balcón arcaico, tan laboriosamente tallado, había caído sobre ella.
La sangre se unió al concreto. Roca y carne.
Finalmente, Tania estaba satisfecha.
Escribió Diego Arandojo
Dibujó Mercedes Lacustre

Fabián Arnaldi

DESDE QUE VIVÍAMOS CON ABUELITO ERAMOS MUY FELICES, JUGABAMOS, REÍAMOS Y TENÍAMOS TODA LA ESTANCIA A NUESTRA DISPOSICIÓN,PERO LO ÚNICO QUE NOS CAUSABA UN ESTRMECIMIENTO ERA CUANDO TODOS LOS 24 DE MARZO ABUELITO NOS LLEVABA AL JARDÍN DE ATRÁS DEL CASCO DE LA ESTANCIA Y EN UNA CEREMONIA AL ANOCHECER, ABUELITO CABABA UN POZO Y DESENTERRABA LO QUE ÉL LLAMABA SUS "TROFEOS".
LOS TRES NIETOS OBSERVÁBAMOS COMO LA NIÑE.RA TENÍA ESCALOFRÍOS Y AL OTRO DÍA RENUNCIABA, AUNQUE NUNCA LA VEÍAMOS PARTIR FUERA DE LA ESTANCIA.

Eugenio Led

EL PLANO ASTRAL SUPERIOR

Escribió_Diego Arandojo

Ilustró_Paté Crudo

Le metió tremendo cuchillazo en la frente. Gary, aunque era petiso en estatura y de manos casi esqueléticas, tenía una fuerza descomunal. Sin contar con que se trataba de un *muñeco*. Sí, un muñeco. No de plástico ni de paño: de un material cárnico similar al becerro, revulsivo.

Había hundido el arma blanca en la cabeza de aquel galerista conocido en el ambiente del arte como Susso; un clásico aristócrata de cincuenta años, cabello largo y gris y anteojos enormes.

El crimen fue por venganza. El tipo había mantenido encerrado a Gary en una despensa, casi como un descarte de una muestra artística. Atrapado entre frascos de óleo, marcos hediondos y caca de rata. Así vivió sus días y sus noches el muñequito.

–¡Hijo de puta! ¡Me perdí el mundial de fútbol y el de hockey! –gritó el muñeco, a la par que orinaba los restos del abatido con su miembro reducido pero cumplidor.

Aguardó el tiempo necesario para que el cadáver quedara totalmente desangrado.

A continuación, Gary retiró cuidadosamente su cuchillo. Lo limpió en la camisa hawaiana de Susso y, como buen asesino, silbó bajito y se retiró del atelier.

Un mes y medio después, Susso apareció en la inauguración de la muestra de Benita Calccone, una chica de veintidós años, que dibujaba axilas sobre cristales de cuarzo, algo que emocionaba –casi sexualmente– a las veteranas del Barrio Norte porteño.

–Hola, gente, ¿cómo va todo? –inquirió; la mirada del conjunto de los presentes, unas veinte almas, se clavó en el visitante.

Estaban pálidos. La noticia de la muerte del galerista había corrido rápido dentro del circuito. Pero ni Benita ni Raúl García Pentecostés, el más reputado de los curadores de arte, preguntaron al respecto.

–¿Qué hacés, loco? –dijo un muchacho, comiéndose un canapé y casi atragantándose al estrecharle la mano; la mano tan fría de Susso, casi como tocar un hielo con los genitales.

Gary, al mismo tiempo, acogotaba a tres artistas plásticas cubistas que habían llegado de Alemania para hacer una tesis titulada *Los pedos de Berni*. Las agarró apenas bajaron del Uber, frente a una pocilga en San Telmo. Pocilga que era el alojamiento que ellas, "sin temor a Buenos Aires ni sus sombras", habían rentado por unos pocos euros.

El muñeco les cortó las cabezas con una sierra. Luego, bajándose su pantaloncito y calzoncillo, penetró sus vaginas hasta acabar de a turnos; a la última occisa le costó un poco más, pero le entregó unas gotitas suficientes para ser consideradas como *eyaculación*. Por último: comió los cuerpos, con especial interés en el hígado y el corazón. "Me haré empanadas con los ojos", pensó.

La ciudadanía, ocupada en sus quehaceres, sentía que *algo no estaba bien*. Era muy evidente, como si se respirase, como si –de manera invisible– les tocaran la espalda con excrementos de vacas. Un asco. Una cosa maldita. Por todas partes. Pero difícil de definir. ¿Mala vibración? ¿El bajo astral se ganó toda la urbe?

La muerte parecía evadir su rol histórico. Y qué mejor ejemplo que un muñeco brutal, asesino, inmundo; un galerista resucitado, que sonreía y dejaba a todos boquiabiertos. ¿Qué más se podía esperar? Una pregunta que se haría cualquier persona de bien. Y pasó.

La súbita crecida del Río de la Plata vino de golpe, con una lluvia funesta que desbordó todas las posibilidades del sistema cloacal; la mitad de Buenos Aires quedó inundada en menos de dos horas. Desde el bajo hasta Villa Crespo; el resto de la ciudad sobrevivió "de milagro", como dijo un meteorólogo por televisión.

Gary, feliz, tenía toda la carne que deseaba para jugar y entretener su mente pérfida. Susso, habló con el gobierno de la ciudad y les propuso utilizar los cadáveres para concebir una gran obra: *La tumba que fue la Reina del Plata*. Consiguió financiamiento, a pesar de la desaprobación popular.

Un periodista le preguntó si no adolecía de ética aquella "obra de arte masiva". Susso, en seco, le agarró el micrófono y dijo:

–Me chupa un huevo tu opinión, mamerto. Yo tengo la aprobación del Plano Astral Superior –y le metió una patada, precisamente, en los testículos.

Quedó bien demostrada una verdad: que el dinero, cuando se lo tiene en cantidad, es más filoso que cualquier cuchillo. Algo que Gary ignoraba, mientras horneaba aquellas empanadas en la cocinita de su casa de Villa Fiorito, un rancho petiso como él.

GR Mateo

PUPILO

Escribió e ilustró_Colifato Ilustrado

Se despertó a mitad de una noche oscura, agitado por un sueño sin imágenes claras, solo sombras y resplandores, y por el aumento de un dolor extraño en el abdomen que lo venía acompañando desde hacía días.

Se levantó de la cama y fue descalzo al baño. Se miró frente al espejo: estaba pálido, ojeroso. Levantó su remera y vio una hinchazón que pulsaba en el vientre, como si tuviera vida propia. Inquieto y confundido, acercó la mano izquierda y, de repente, la piel se abrió con un desgarrador sonido húmedo. Lo que apareció lo dejó paralizado: en su abdomen había surgido un ojo grande y redondo que parecía mirar fijamente hacia todas partes. La pupila estaba contraída por la luz y el domo formado por el cristalino poseía una transparencia y un brillo impactantes.

En un estado total de irrealidad, paralizado por el impacto y por el frío del suelo que subía por sus piernas, rígido como un tótem antiguo, se debatía entre un mal sueño y el horror profundo.

—¡Había un ojo enorme en su panza!

Y, a medida que lo miraba, la sensación de frío y de miedo aumentaba exponencialmente. El tiempo se había vuelto líquido y lo ahogaba.

Comenzó a experimentar visiones y alucinaciones que parecían reales, como recuerdos que venían de épocas remotas, de un mundo oscuro y sombrío, lleno de criaturas espectrales, abominables y amorfas.

Luego vinieron las voces. Al principio eran susurros, distorsionados por una especie de filtro, con una leve reverberación, como si se oyeran desde el fondo del agua; pero pronto se convirtieron en gritos, órdenes que no podía ignorar.

El ojo no solo lo observaba: se apoderó de él. Cada decisión que tomaba, cada movimiento que hacía, estaba influenciado por esa presencia. Dejó de ser dueño de sí mismo. Se convirtió en un espectador de su propia vida, mientras el ojo lo guiaba hacia lugares oscuros y actos que nunca habría imaginado.

Era un recipiente para algo más antiguo, algo que había estado esperando siglos para regresar. El ojo no solo lo miraba a él, sino que parecía mirar más allá, hacia este mundo, al que pronto reclamaría.

Juan Coccotis

LAFARIUM/JUL26/51

Paté Crudo

MÍA PARA SIEMPRE

Por Diego Arandojo
Ilustraciones: Andrés Casciani

Tan sola.

Me miraba. Estaba sentada en el metro. Frente a mí.

Era una tarde de verano. De esos asfixiantes. El aire tenía olor a sudor, a hollín, a toda la mierda de la vida ciudadana.

Tan sola ella, de cabello largo y rubio, delgada, ojos celestes y unos labios finos. Las manos. Había algo en ellas. Casi como si fueran de terciopelo. Muy delicadas.

Era atractiva. Pero no su vestido. De hecho era bastante vulgar: unos jeans, una camisa gris. Carecía de sentido de moda. Pero me gustaba.

Y se levantó. Yo estaba concentrado en su silueta. Demasiado. Casi le pierdo el rastro. También me levanté y me abrí paso con modos bruscos. La gente es insoportable cuando viaja en metro, hacinada, una mole repugnante.

La estación era Marlow South. Bastante solitaria y poco visitada. La seguí por el andén cuidándome de no ser demasiado evidente. Me detuve en varias ocasiones simulando verificar una llamada perdida en el móvil.

El sonido de sus tacos me provocaba un mareo sensual. Yo caminaba, cerraba los ojos, me zambullía en mi imaginación, en el sector más oscuro. Podía tocar sus tobillos, lamer sus piernas, subir y subir.

Ella se dirigió hacia la escalera mecánica. No había nadie más. Era mi oportunidad.

Me ubiqué unos escalones más abajo. Continué mi simulacro del móvil, escribiendo mensajes de texto o revisando mails.

Poco antes de que saliera del metro –a través del túnel que conducía a la calle– me abalancé rápidamente sobre ella. La sometí sin dificultad. Le apliqué en la boca el pañuelo con la sustancia somnífera. Ella pateló, me insultó, hasta dejarse vencer.

La arrastré hacia una máquina expedendora de comida; de esas que tienen golosinas, bedidas, la porquería capitalista usual. La senté contra un costado. La peiné hasta despejarle totalmente el rostro.

Del bolsillo de mi chaqueta saqué una aguja. Pinché en distintos puntos de la cara de la muchacha hasta que la sangre fue brotando. Puntos rojos crecientes.

A continuación recogí, con una plaqueta de vidrio bastante pequeña, muestras de sangre. En ese momento ella comenzó a despertar.

Le recomendé quedarse así. Inventé una excusa: que se había desmayado y que la ambulancia estaba en camino. Ella estaba confundida, pero parecía recordar (parcialmente) el atraco.

Terminé la recolección de muestras. Guardé la plaqueta dentro de un envoltorio plástico, para no contaminarla.

Me erguí y le apunté con un arma que tenía escondida en el otro bolsillo de la chaqueta. Ella me observaba con pavor. Sus pupilas delataban eso. Su boca mascullaba algunas palabras, tal vez de auxilio o de insultos.

La maté.

Tres disparos certeros en la cabeza, que dejó de serlo en pocos segundos.

Pisé sus sesos cuando me retiré del túnel hasta salir al exterior. La calle, maldita y repleta de monstruos invisibles y buses y automóviles y ruido y tanta asquerosidad, me recibió sin aplausos.

Por la noche llegué a casa. Vivía en una zona peligrosa, olvidada por médicos, policías y políticos. Sin árboles. Solo llano y otras casas iguales a la mía. Todas destruidas, en pésimo estado.

En el jardín trasero estaba el laboratorio. Allí pasé el resto de la velada.

Coloqué la plaqueta con la sangre dentro de un gran aro de acero, que formaba parte de mi creación y que ocupaba gran parte del recinto. El programa detectó el fluido corporal y comenzó el proceso.

Algunas horas después –el sueño me venció, no pude evitarlo– desperté por una grácil caricia en mi mejilla. Un beso apasionado me terminó de espabilar. Ella estaba mi lado. Idéntica a la chica del metro. En todo sentido.

Intentó hacerme el amor.

Pero algo estaba mal.

Algo siempre está mal.

Es fría.

Siempre son frías conmigo.

No me aman.

Simular amar.

Recogí el cuchillo que tenía bajo la almohada. Degollé a la réplica con un corte certero el cuello, apreté el arma a fondo, dejé que la sangre y los músculos formaran la debida auto-destrucción.

Tan sola.

Me miraba. Estaba sentada en el metro. Frente a mí.

Era una tarde de verano. De esos asfixiantes. El aire tenía olor a sudor, a hollín, a toda la mierda de la vida ciudadana.

Esta vez no me equivocaré.

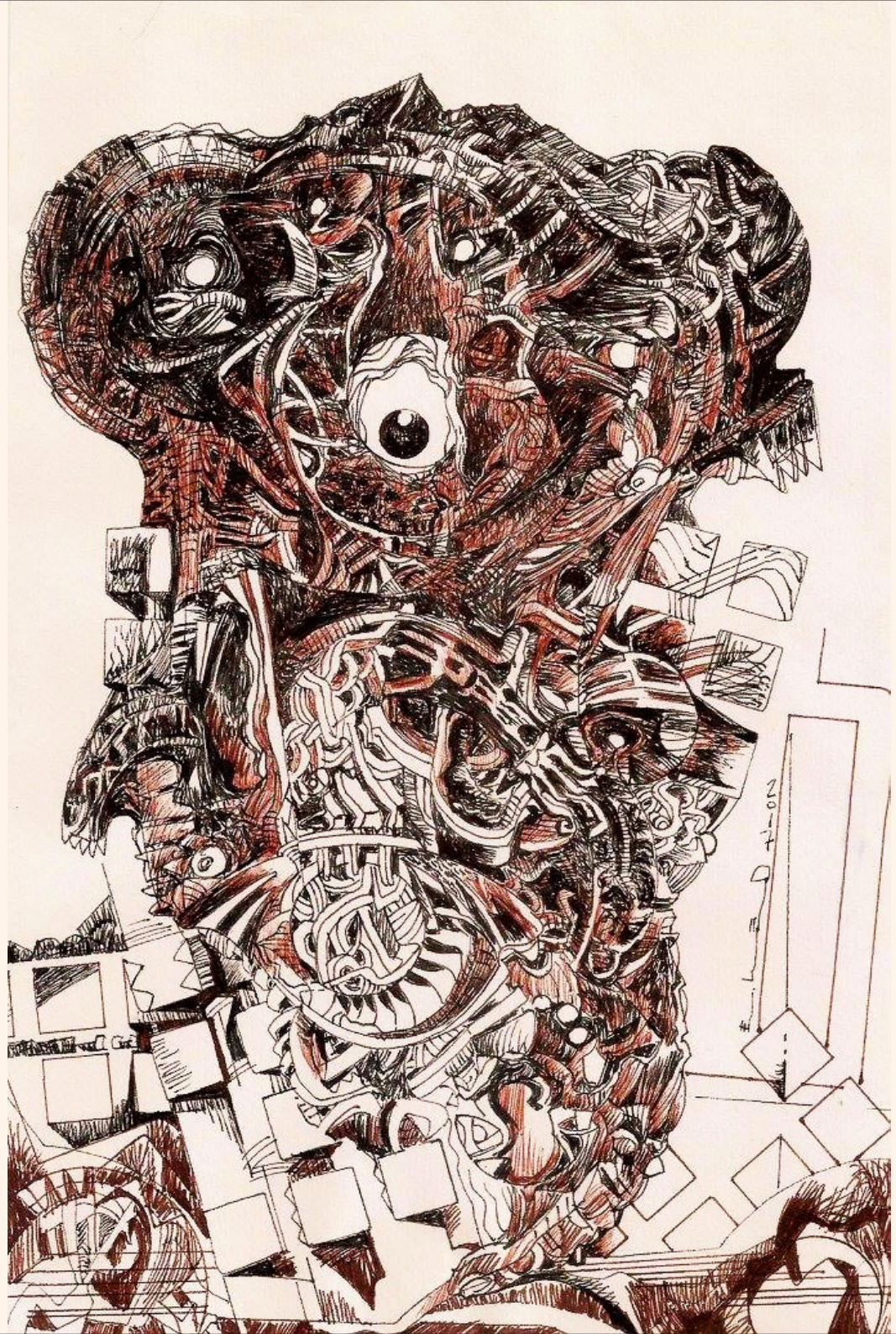
Ella es mía.

Para siempre.

Todavía no lo sabe.

Pero se lo haré saber muy pronto.

FIN



Eugenio Led

VAMPIRO
Julieta Manterola

Nada vive en la tierra o en el cielo sin tu permiso.

Y nada muere sin retornar a tu sangre.

Emiliano Bellini

Emiliano Raspante

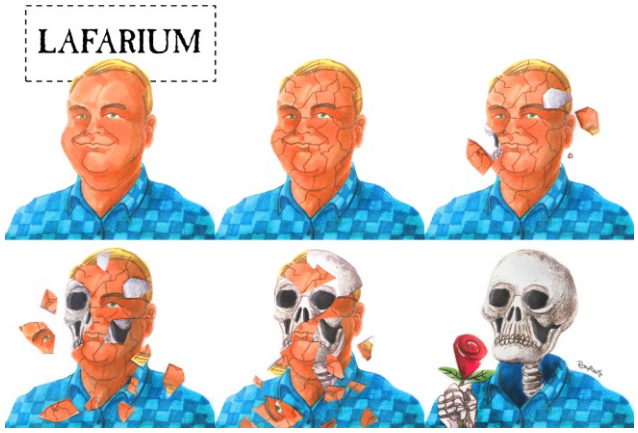
LAFARIUM

JULIO, 2026

Portada: Emiliano Raspante
Edición y maquetación: Diego Arandojo

Los derechos de las imágenes y textos reproducidos pertenecen a sus respectivos autores y autoras

© Copyright 2026
LAFARIUM
www.lafarium.com



Elilet Giudiche
Marcela Nigro
Pablo Katzin (Fritz Sol)
Julieta Manterola
Agustín Scetti
Matías Bragagnolo
Lorena Pinasco
Emiliano Bellini
Gladys Cepeda
Fabián Arnaldi
Alejandra Viviana Aranda
Manuel Rivas Pintos
Rodrigo Fiotto
Juan Pablo Diz
Gabriel Juárez
GR Mateo
Oscar Grillo
Tinta Cruel

Eugenio Led
Paté Crudo (Marcela Nigro, Manuel Rivas Pintos y Juan Manuel Menéndez)
Colifato Ilustrado
Juan Coccotis
Andrés Casciani